

K

Vicente Ménsua



C U M P L E

26 de noviembre de 1945. Nueva York yacía plácidamente en un suave otoño. Templados vientos del suroeste elevaban la temperatura hasta cifras anormalmente altas para la época del año. Ni siquiera los abundantes adornos navideños que pendían de edificios y árboles hacían pensar en la próxima llegada del invierno. Las hojas de color ocre pardo, unidas a las luces de los adornos, daban a las calles un aspecto irreal.

Charles Christopher Parker paseaba por la Sexta Avenida hacia el sur. Su delgada silueta se veía reforzada por el estuche del saxofón que colgaba de su mano izquierda. Acababa de salir de la boca del metro. A *Bird*, nombre por el que era conocido, no le gustaba el metro. Pensaba que era lo más parecido a un tubo neumático de ésos que se utilizan en los grandes almacenes para la recaudación de las cajas sin necesidad de mover a los empleados de su sitio. Sí, eso era cierto, pero también que el metro era uno de los males necesarios de esta ciudad. Bueno, eso suponiendo que Nueva York fuera una ciudad. Nueva York, siguió rumiando, era más bien un inmenso almacén, un gigantesco granero en el que se apilaban, mal que bien, millones de personas. Las enormes distancias te hacen perder parte del día yendo de un sitio a otro. Nadie parecía tener tiempo para nada. Al poco de su llegada, decidió prescindir de horarios. El tiempo se convirtió en el lapso entre levantarse e irse a dormir. Esta filosofía temporal le había creado algún problema. Hoy, por ejemplo, sabía que tendría uno y gordo. Había quedado a las ocho, eran ya las ocho y media y todavía le quedaba un buen trecho. Y no era porque la cita no le motivara. Al contrario, se trataba, ni más ni menos, de dirigir una sesión de grabación con absoluto control de músicos y música. Hoy, sin duda, podía ser un gran día.

Estaba en el cruce de la 52 con la Sexta, aceleró un poco sus cansino caminar, pero por poco tiempo. Decidió disfrutar de su paseo ahora que

entraba propiamente en *la calle*. Allí estaban el Spotlite, el Three Deuces, el Hickory House, el Ryan's... los principales locales de música de esta parte de la ciudad.

Atravesó la 52 en sentido diagonal para buscar la Séptima. Cuando pasaba al otro lado de *la calle* vio al portero del Three Deuces, Pincus, un tipo simpático pero algo ruidoso. Al ver a *Bird* le llamó con fuerza. *Bird* respondió lo más efusivamente que supo. Pincus le había hecho favores de aquellos que no todo el mundo es capaz de hacer. Era un buen tipo, de esos extremadamente comunicativo: le salió al paso sometiéndole a un bombardeo de preguntas. Sin parar de andar, acelerando el paso de manera exagerada, *Bird* le dijo que tenía mucha prisa ya que esta misma tarde grababa y llegaba tarde. Pincus puso cara de comprensión y haciendo una especie de saludo militar le dejó ir.

Mientras se alejaba pensó que el Deuces era quizá el local más agradable de la calle 52. *Bird* había tocado en él aquel mismo año en varias ocasiones. Estaba decorado con gusto, no como el Spotlite que parecía una cueva prehistórica. Nada más entrar estaba el guardarropa, allí estaba Rose, una pelirroja de Austin, extrovertida como buena tejana y dotada de un admirable instinto maternal... *Bird* sonrió recordando las veces que Rose le había acompañado a su apartamento, cuando borracho de excesos era incapaz hasta de dormir. Al lado del guardarropa, tras unas gruesas cortinas color aguavino y ribetes dorados, estaba la barra, una enorme barra de caoba. La sala no era de grandes dimensiones, el tamaño justo.

Bird recordó que había pasado una semana desde que tocó la última vez en el Deuces. Dexter, Bud, Curley y Max, formaban la orquesta. Bud estaba pasando por un mal momento y en esas circunstancias era muy difícil, casi imposible, entenderse con él. A pesar de ello, a pesar de todo,

K

mezclado con el de voces, bañado por la luz filtrada a través del humo de los cigarrillos, le resultaba extremadamente agradable y especialmente aquel día en el que sentía que la inspiración le acompañaba como una amante satisfecha.

Bird recordó que Bud apenas tocó en la introducción del primer tema. Un ataque de risa muda, colmo de histerismo, le dejó fuera de combate en pocos minutos. Quedó traspuesto, la mirada perdida en el fondo de la sala y las manos temblorosas. Lo sentaron en una silla junto al guardarropa, para que *Mamá* Rose tuviera cuidado de él.

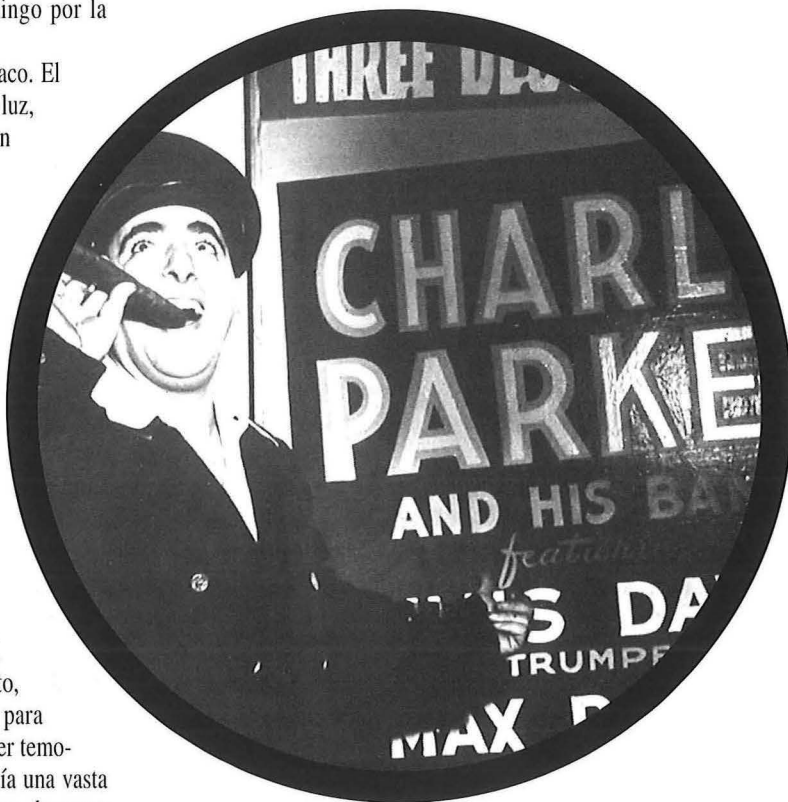
Como era frecuente, en la sala había algunos músicos. Curley recomendó a un conocido suyo llamado Argonne Thornton, que se hacía llamar Sadik Hakim; *Bird* no lo conocía demasiado, pero sí le había escuchado un par de veces. Era un buen tipo y un pianista cuando menos correcto. Hakim aceptó la propuesta con una indisimulada euforia y acompañado de Curley se dirigió hacia el piano.

Bird disculpó a Powell ante el público, presentó a su nuevo pianista y encadenó *Hot House*, pensando que al estar basado en *What Is Thing Called Love*, un estándar muy conocido, Hakim no tendría demasiadas dificultades. *Bird* hacía la primera voz y Gordon le contracantaba, era la forma en que le gustaba introducir este tema. Hacía calor y *Bird* dejó a Dex el primer solo. Como era su costumbre, mientras otro solista tocaba él se concentraba convergiendo sus ojos en la boquilla de su saxo, a poco más de veinticinco centímetros de su brillante cara, y esperando el momento de volver a entrar en juego. Dex recorría las armonías de *What Is This Thing Called Love*, su enorme sonido llenaba cada rincón de la sala.

A Ñ O S

entre él y Bud había una sincronía musical casi telepática. Cuando estaba bien, Bud era sin duda el mejor. Aquel último día, domingo por la noche...

...la sala estaba repleta y rezumaba un ácido olor a tabaco. El Deuces aparecía iluminado por una mortecina y amarillenta luz, dejando apenas entrever las pequeñas mesas repartidas en torno al escenario. Por allí en medio, Doris, una atractiva morena, de pelo corto y mediana estatura, movía el cuerpo con el descaro de quien está orgullosa de él y ha perdido los prejuicios hace ya bastantes años. Detrás de la barra, eje del Deuces (y de todos los clubes que *Bird* conocía), se agitaba Tommy, un robusto *barman*, medio calvo, de sonrisa fácil y don de gentes. Un montón de vasos, ejército mudo de vidrio, se prestaban a librar la dura batalla diaria con los clientes. *Bird* creía que los vasos eran la pieza básica de un local como aquél. Aunque le costara un gran esfuerzo aceptarlo, nadie entraría allí sólo por la música. Estaba claro que nadie entraría allí si además de música no hubiera alcohol. Por otra parte, se hacía difícil imaginar a los clientes de un local compartiendo indiscriminadamente el morro de una o varias botellas. Conclusión: el vaso era tan importante como la propia música. Y era cierto, *Bird* pensaba en aquellos vasos como medios necesarios para ahogar la sed, pero también las frustraciones, o para esconder temores, incluso espolear espíritus poco sensibles. El mismo tenía una vasta experiencia... Aquel ambiente algo cargado, que unía rumor de vasos



Era un tipo extremadamente hablador que parecía estar siempre de buen humor. Sin embargo aquella noche no parecía muy inspirado y dejó el solo en el segundo coro. *Bird* hizo un leve movimiento con la ceja a Hakim para que fuera él quien entrara. A los pocos compases se dio cuenta de que ni siquiera el ritmo saltarín de la pieza era capaz de esconder las carencias del pianista. Hakim parecía entender la música como si de una carrera de obstáculos se tratara. Pocos había que hubieran asimilado el bebop. Claro que, a él mismo también le costó lo suyo llegar a donde había llegado. Lo recordaba como un proceso casi doloroso. Ahora todo era más natural: ¿podía ser de otra manera? Hakim acababa su primer coro y parecía coger el rábano por las hojas, reduciendo la música, aquella música, ¡su música!, al seguimiento de una especie de manual de instrucciones. ¡Dios mío, qué martirio! Tuvo el impulso de *entrar* para cortar el rollo, de irrumpir sacudiendo de su sitio a aquel tipo. Interiormente sonrió, casi se sonrojó, pensando en el efecto que causaría entre los demás músicos y sobre todo entre el público, semejante actitud... ¡El público!, ¡qué sabía el público de aquella música! Sentados allí, vaso en mano, ¡el vaso, otra vez!, la mirada casi siempre algo turbia y unas enormes ansias de hablar. La gente parecía utilizar estos lugares para hablar. *Bird* pensó que quizá toda aquella gente no hablaba durante el día y esperaban a llegar al Deuces para soltar lastre. Una copa y la música, parecían desatar sus ansias de comunicación. Lo más curioso es que entre pieza y pieza callaban... Incomprensible. *Bird* solía olvidar que estaba delante de tanta gente, a veces durante semanas ni

... todo parecía cobrar un nuevo sentido, *Bird* sentía que penetraba en sus propias ensoñaciones.

los veía. Generalmente dependía de su estado de ánimo o del humor con que se encontrara. Lo único que le distraía de su habitual concentración eran las piernas femeninas: blancas, negras, marrones, amarillas y de cualquier color que puedan encontrarse... ¡Ah!, un par de piernas asomando por debajo de la mesa... era su fuente de inspiración favorita. Contrariamente, no soportaba cuando los pantalones de sus acompañantes llegaban a esconder, siquiera mínimamente, un solo trocito de ese conjunto increíble que forman cosas separadamente tan poco atractivas como unos huesos y una masa muscular, en definitiva miles de fibras capaces de contraerse o alargarse en décimas de segundo, pero de formar, sin embargo, aquellas líneas suaves, irresistibles. Quedaba finalmente la piel, su color, que para *Bird*, ya está dicho, era lo de menos. Recordó a aquella mujer de casi metro noventa que hacía pocos días se sentó justo en la mesa más próxima al escenario. Le acompañaba un tipo incomprensiblemente esmirriado, una especie de oficinista gris de mirada sesgada. ¿Qué tendría aquel tipo para entrar al Deuces con semejante compañía? *Bird* acababa de iniciar un coro sobre *Anthropology* cuando vislumbró el prodigio. Unas envolventes piernas asomaban entre las patas de la mesa y las del oficinista. La falda, recogida al sentarse, le llegaba ligeramente por encima de las rodillas. *Bird* se concentró en la doble línea que formaban sus piernas y la costura de la falda, frontera de un territorio desconocido pero cargado de oscuras diferencias. Todo un mundo. Para *Bird*, en aquel momento, el universo entero. Anidó allí. Imaginó. ¡Improvisó! Las notas fluyeron sin fin. El tipo, que parecía una anguila fuera del agua, reconoció a alguien y se levantó arrastrando a su pareja. ¡Pluf! La inspiración voló. Hakim estaba a punto de acabar su tercer coro. Pero bueno, ¿qué pretendía este tío? *Bird* no prestaba mucha atención al pianista. Sólo esperaba, con una cierta ansiedad, el momento de entrar, ese instante mágico, único, cuando cae el compás, ni una milésima antes ni después, justo entonces; ese momento

que no tiene reglas, que simplemente hay que sentirlo. Quizá el secreto estaba en el preciso conocimiento del transcurrir del compás. No era una ciencia exacta. No había fórmulas, bueno, las había, pero no servían demasiado. Las fórmulas aplicadas a la música eran como el devenir del solo de Hakim: fluido pero mecánico; producía notas pero no música. Lester sí que sabía, ¡ah Lester! Qué emoción recordar la primera vez que lo escuchó a pocos cientos de metros de su casa; el tenía sólo 16 años, Lester dominaba la escena, era el amo. La cabeza girada con respecto al eje que marcaban la columna vertebral y su saxofón, el sombrero calado y una mirada de bondad casi infinita fijada en un punto indeterminado... Lester parecía recorrer los compases como por arriba, diseñando una línea melódica que colgaba de no se sabe dónde. Otras veces daba la sensación de que los vivía. Eso es, Lester vivía los compases como si se deslizara, como si patinara sobre ellos. La realidad era que llevaba un paso muy firme en la difícil senda del swing. Esa "despreocupación temporal" lesteriana fue lo primero que encandiló a *Bird*, la primera pista para conducirse donde se encontraba. Sadik perdía fuelle al finalizar el tercer coro, *Bird* salió de su ensoñación y dirigió una clara señal al pianista, algo así como: ¡apártate, que voy!

Los ojos fijos en la boquilla... Sadik recorría los últimos compases de su solo, *Bird* sintió cómo sus dedos se tensaban sobre las llaves del saxo. Las piernas, hasta ahora estático soporte, cobraron vida, sus pies comenzaron un ligero movimiento que hizo balancearse mansamente al resto del cuerpo. Su lengua recorrió los labios buscando lubricarlos para que la entrada de la boquilla no le creara problemas. Sintió un ligero cosquilleo en la boca del estómago. Apretó los dientes comprobando su firmeza. Los ojos fijos en la boquilla... Hakim escribió con su piano: *piro-para-piropá*. ¡AHORA! *Bird* atacó la primera nota con el arrojo que un leñador lanza la destal contra un duro tronco. Sintió como cuando caes en los sueños, cuando te desplomas al vacío conociendo que tu caída será amortiguada. Aquí, que no es sueño, es la rítmica la que te extiende los brazos salvadores amortiguando tu caída, acogtiéndote amorosamente y volando juntos hacia una plenitud incomparable. *Bird* encadena sus primeras frases sobre *Hot House (What Is Thing...)*. En su cabeza fluyen, como chispazos, una interminable sucesión de acontecimientos vívidos, ¡no, vivos!, que las notas parecen cambiar, transfigurar en explosiones de mil colores. *Bird* ve ahora todo aquello como debería haberlo visto; éso es, son vivencias que la fuerza de la música transfigura... aquel viejo en la esquina de la 101 con la Tercera es el padre que no tuvo; el fuerte olor que desprenden los carritos de *frankfurts*, son manjares deliciosos; aquel pájaro fugaz atravesando la 50, es él mismo transformado en águila imperial; el prodigioso trasero de aquella rubia entrando en una zapatería de lujo en la Quinta... todo parecía cobrar un nuevo sentido, *Bird* sentía que penetraba en sus propias ensoñaciones. La rítmica, medio adormecida detrás de los pesados acordes de Sadik, comenzaba a revivir. El tiempo era seda en manos de Max, fluía sin aparente esfuerzo, era elástico y *Bird* se sentía deslizar por él como por un tobogán, sabiendo que, hiciera lo que hiciera, Max lo acabaría recogiendo en el lugar oportuno. Tocar con Max era como ir de la mano de tu mejor amigo. Quizá no tenía la chispa creativa de *Klook Clarke*, su mano izquierda no era tan juguetona, incluso puede que fuera menos creativa, sin embargo su *drumming* era mucho más confortable. Uno se sentía muy bien escuchando detrás suyo aquel *chabadá, chabadá, chabadá* tan musical. A Max el gran cimbalete le sonaba como a nadie. Seguramente era la forma en que lo golpeaba. Apenas movía el brazo, era su muñeca la que hacía todo el trabajo, sus dedos acariciaban la baqueta y ésta transmitía al platillo la señal; el resultado era una vibración justa, la necesaria, que resplandecía por toda la sala transmitiendo a los presentes una agradable sensación de euforia. El gran cimbalete en manos de Max no era cualquier cosa. Sólo algún leve *cruce* de

Curley alteraba aquella extraordinaria afinidad. Bueno, la verdad es que los cruces de Curley no eran los únicos. Desde hacía unos minutos también estaban los de un tal Argonne Thornton, obstinado en desplegar un intenso fuego antiaéreo contra los vuelos de *Bird*, como si quisiera *cazarle*.

Bird planeaba sobre su tercer coro cuando le vino a la cabeza la propuesta que le había hecho *Diz* ese mediodía: ¡TOCAR EN CALIFORNIA! De golpe sintió cómo la tensión física que había mantenido durante todo el solo le abandonaba. Sin embargo un encefalograma hubiera acusado una brutal oscilación. Sus neuronas se desbordaron. El firme y suave planeo sobre las armonías de *Hot House*, entró en pérdida, aún más, en barrena. Es como si a un pájaro en vuelo le hubieran arrancado sus alas de cuajo. Procuró acabar de cualquier forma y los dos últimos compases del coro fueron un caos. Notó que Max acusaba su caída y le pareció advertir que el firme pulso de la mano derecha del batería se crispaba. Curley, consciente de que algo malo estaba pasando, acudió en su ayuda entrando con un inesperado solo de bajo. Mientras el bajista intentaba cuadrarse con Max, *Bird* se desentendió definitivamente y volvió a California...

... Un bocinazo de camión le devolvió a la realidad. Una realidad que se encontraba en la Séptima Avenida esquina a la 52. Se situó. Debía atravesar la Séptima bajando hasta la 51. El tramo entre la Séptima y Broadway era muy corto, unos 100 metros; allí, en la esquina, justo detrás del Roseland Ballroom, en un viejo edificio de principios de siglo que todavía conservaba un cierto empaque, en el quinto piso, estaban los estudios de grabación. Comprobó la dirección y pasó el umbral de la enorme puerta de forja que cerraba el edificio, montando, no sin cierta aprensión, en el ascensor. Era un modelo que tendría los mismos años que el edificio. Observó que todo él era de madera con una gran profusión de vidrios en los laterales. Su trayectoria recorría un bellísimo patio interior. Mientras se elevaba majestuosamente por entre aquellas paredes llenas de ventanas con márgenes serigrafiados, *Bird* pensó en Teddy Reig, el productor de Savoy. Era su primera sesión de grabación para él, una gran ocasión que había que aprovechar. Sería la primera sesión de la nueva música, ya que en las que Dizzy y él habían hecho en febrero y mayo, la rítmica, desgraciadamente, no estuvo a la altura. Para tocar su música, el bop, era fundamental un apoyo rítmico intenso, incluso incordiante, que te hiciera sentir una cierta comezón, unos deseos de huir hacia adelante, de escapar de esa opresión, pero, al mismo tiempo, apoyarte en ella... Ahí estaba el secreto.

Teddy le había dado carta blanca. "Organízalo como quieras, nos veremos a las ocho", le dijo. Eran ya casi las nueve. *Bird* pensó que habría bronca lo cual le tenía sin cuidado; lo que sí le molestaba era tener que dar disculpas y todo eso. "Organízalo como quieras". *Bird* llamó a *Diz* y le transmitió la orden. Este le dijo que él no podía participar ya que tenía un contrato en vigor con Musicraft, pero que, a pesar de todo, le ayudaría y no resistiría dejar de darse una vuelta por los estudios. *Bird* le insistió para que participara de cualquier manera, aunque fuera con nombre falso... *Diz* le propuso a Miles Davis, un joven estudiante de la Julliard, de sólo 19 años, trompetista algo limitado pero con buenas ideas; Bud Powell, Curley Russell y Max Roach. Difícil, ¡imposible! encontrar una rítmica igual. Pero desgraciadamente, esa misma mañana Reig le llamó para comunicarle que Bud se había ido repentinamente a Filadelfia para ver a su madre. Por lo visto no se había recuperado todavía de lo del Deuces. Decidieron llamar a Sadik Hakim para sustituirlo. Todos conocían a Sadik, incluso Reig, ya que había grabado para él con Dexter Gordon hacía un par de meses.

El ascensor se desplazaba lentamente por aquel patio. Como un farol móvil, iluminaba a su paso paredes y rellanos. Antes de llegar al quinto pudo ver la puerta abierta del estudio y gente que entraba y salía e incluso a algunos que estaban sentados en el rellano y por las escaleras. Un leve movimiento oscilatorio le avisó que había llegado. Salíó sin cerrar la

puerta tras de sí. No quiso ver a ninguna de aquellas personas y, bastante excitado, entró en el estudio. Lo que se encontró en el interior todavía le dejó más perplejo. Aquello parecía *la calle* a las dos de la mañana. ¿Quién había invitado a toda aquella gente? Había por allí, sin contar a los de fuera, unas cuarenta personas que nada tenían que ver con él, o sea, nada que ver con la grabación. *Bird* sabía que aquella sesión había levantado bastantes expectativas en los círculos jazzísticos de la ciudad y por tanto esperaba a algunos músicos con los que mantenía una cierta relación, incluso a otros que no conocía demasiado pero que había visto con frecuencia últimamente... Pero es que, además, estaban todos aquellos *hipsters* algo locos; todo aquel mundo esnob de artistas e intelectuales, la mayoría de los cuales eran incapaces de distinguir el sonido de un alto del de un tenor... que movían la cabeza obstinadamente como siguiendo el ritmo y tratando de simular un trance imposible... También vio a algunos de los *camellos* más reputados de Manhattan... bueno, eso sí que facilitaría algunas cosas, precisamente en aquel momento iba algo corto... Vio a Reig, le saludó fugazmente y desapareció hacia los lavabos. No había llegado a entrar cuando sintió la sucia y áspera presencia de Richie, un *hijo-puta* que tenía el mejor *caballo* del mundo. Bien, eso era precisamente lo que esperaba encontrar. Al cabo de doce minutos salió de allí transmutado, dispuesto a todo. Su timidez había desaparecido, toda aquella gente no representaba el más mínimo problema. Nada más entrar en la sala, Reig se desplazó hacia él moviendo todo lo que era capaz de mover. *Bird* le miró esquivo sin saber qué decir, esperando que fuera el productor el que hablara primero; a fin de cuentas era él el ofendido y además el

amo. Teddy le recriminó haber llegado tarde pero no le dio tiempo a presentar disculpas. Sin más preámbulo le reclamó los temas que había preparado para grabar. En principio habían quedado en hacer cuatro caras, dos discos, de tres minutos cada una. Ante aquella pregunta *Bird* quedó paralizado: no había pensado en ello, en absoluto. Instantes después levantó los hombros y sugirió dos blues y dos temas que prepararían allí mismo y que podrían estar basados en *I Got Rhythm* o en *Cherokee*, por ejemplo. Reig hizo un gesto mezcla de fastidio y de resignación, apretó los dientes, giró sus enormes espaldas y entró junto con el ingeniero en la cabina de grabación, sin hacer más comentarios.

Hakim, sentado en el piano, esbozaba unas frases. Al fondo de la sala había tres sillas en las que descansaban un montón de abrigos. Por detrás aparecían unos pies vestidos con calcetines a cuadros grises y rojos. Con toda probabilidad alguien dormía allí tirado. Un poco más allá vio a Dizzy. Hablaba con alguien. Se volvió hacia él sonriente, como siempre, y moviendo la mano con un exagerado gesto le dio la bienvenida. *Bird* pensó que debía tener en alguna parte dos partituras con unos blues que escribió hacía meses. Mientras buscaba en sus bolsillos aquellos papeles, Dizzy se puso a su altura: "Eh *Bird*, te acuerdas de aquella variación de *Cherokee* que llamaste *Koko* y que tocamos la otra noche? Podíamos probarla hoy, después te quedas solo, Max podría hacer un *break* hacia el final, y vuelta..." *Diz* siempre tenía razón. Era un buen organizador y un músico con muchísimo talento, además de un buen tío, lo que se dice un pan. Alguien tropezó con los durmientes pies que aparecían detrás de las sillas; al instante *Bird* pudo ver que el propietario de aquellos inmóviles apéndices era Miles, quien apareció súbitamente de entre las sillas como alma que lleva el diablo, con cara de pocos amigos y la trompeta colgando de su mano derecha.

"Eh Bird, te acuerdas de aquella variación de Cherokee que llamaste Koko..."

Bird puso la boquilla del alto entre sus dientes, *Diz* salió corriendo en busca de su trompeta. En pocos segundos comenzaron a calentar. Al poco ya tocaban escalas conjuntamente. Tenían una gran facilidad para tocar al unísono. El sonido resultante nunca parecía la suma de un alto y una trompeta, más bien era como un tercer instrumento con las virtudes de ambos. Miles se unió a ellos. Al lado del brillante sonido y del aplomo de *Diz*, Miles parecía un aprendiz poco dotado. Sin embargo, para *Bird*, el joven Miles llenaba su música de un contenido que en ocasiones superaba con mucho al que era capaz de imprimir *Diz*. *Bird* notó que tenía problemas con la caña de su boquilla lo que le provocaba la emisión frecuente de falsas notas. Pidió a alguien que fuera a buscar una Rico del 5.

Curley Russell y Max Roach se acompañaban en otra esquina del estudio, detrás de unas mamparas. Alrededor de los músicos se fueron formando círculos de personas que escuchaban en silencio.

Al poco se oyó la voz de Teddy a través del altavoz: "DESPEJEN LA SALA, EN CINCO MINUTOS COMENZAMOS".

Habían pasado dos horas desde que la luz roja, mudo testigo del rodar de los magnetófonos, se encendiera por vez primera. En ese tiempo él y *Diz* habían dominado la sesión. Tal y como *Bird* deseaba (y preveía), *Dizzy* se había erigido como el verdadero director. El había dispuesto todo, desde el orden de solos hasta los retoques a los algo improvisados arreglos. El primer blues, *Billie's Bounce*, había necesitado cinco tomas de las cuales sólo tres fueron completas. Sadik no acababa de coger el aire a la sesión y el propio *Dizzy* se hizo cargo del piano. Miles pareció algo agarrotado y sus frases denotaban una cierta inseguridad (no en vano eran sus primeros solos grabados). No hacía más que mirar a *Bird* como para pedirle su aprobación. El otro blues, *Now's The Time*, estuvo listo en cuatro tomas, dos de ellas completas, y Miles estuvo muy bien en una... *Diz* siguió a cargo del piano.

Thriving On A Riff, basado en *I Got Rhythm*, sólo había necesitado tres tomas (dos completas). Finalmente Hakim participó como pianista y lo bien que se escuchaba al grupo animó sobremedida a *Bird* y *Dizzy*. Quedaba el cuarto tema. Tal y como habían acordado, debía ser una variación sobre *Cherokee*. Era bien conocida en los círculos jazzísticos la especial predilección de *Bird* por esta estructura. *Diz* y *Bird* hicieron un aparte y decidieron excluir de este tema a Miles y Hakim. Tal y como habían planeado esta versión de *Cherokee*, sería mejor no poner a Miles en un aprieto. Decidieron que Hakim descansara...

Prepararon la variación de *Cherokee* incluyendo el tema propiamente dicho. Posteriormente saltaría *Bird* con el apoyo de *Diz* al piano más Curley y Max. Eso parecía lo correcto. Comunicaron a los demás lo que habían decidido. Miles se excusó diciendo que tenía una cita y sin esperar más se fue. Hakim se sentó a un lado del piano, consciente de sus limitaciones y resignado a ser, a partir de entonces, un simple observador.

Una hora de descanso fue tiempo más que suficiente para cenar unos bocadillos y para que *Bird*, corto de dinero, probablemente debiendo un pico a Richie, "negociara" con Reig la venta de derechos de *Now's The Time*, blues que acababan de grabar pocos minutos antes. Reig le ofreció 50 dólares ante el asombro primero y enfado posterior de *Diz* y Max al

ver que aceptaba. Eso es justo lo que necesitaba, dijo *Bird*, y sin hacer contraoferta cerró el trato.

La voz del productor volvió a resonar: "SILENCIO. GRABANDO."

Después de la variación, *Cherokee* no quedaba bien. Era como vestir con un dos piezas plateado (la variación) a una anciana decrepita (*Cherokee*, evidentemente). *Bird* le propuso a *Dizzy* volver a empezar, pero esta vez, acabada la variación, él se lanzaría directamente a improvisar durante dos coros. *Cherokee* tenía 64 compases. Su variación estaría formada por 8 compases (compuestos por *Bird*), un intercambio saxo y trompeta de 16 compases (improvisado), y vuelta a los 8 compases de la variación. Después *Bird* haría un solo de dos coros (lógicamente, al estar basado en un tema de 64 compases, dos veces 32 compases), seguiría medio coro de Max (32 compases) y acabarían igual que habían empezado. *Diz* se sentó al piano y dejó la trompeta en un taburete para tenerla a mano.

"SILENCIO. GRABANDO".

La luz roja volvió a lucir en el estudio. *Bird* golpeó cuatro veces con el pie en la tarima para marcar el *tempo* y sonó la variación. *Diz* y *Bird*

comenzaron a tocar. Su coordinación, una vez más, era fantástica; *Bird* cerró los ojos intentando contener una excitación que le subía del estómago hacia el pecho. Sentía el sonido de la trompeta de *Diz* como si formara parte de sí mismo. Los compases de la variación llegaban a su fin. Uno, dos, tres y cuatro, *Bird* se lanzó sobre las armonías de *Cherokee*, el *tempo* muy rápido le convenía especialmente. Pocos músicos eran capaces de improvisar a ese *tempo*. *Bird* lo hacía desde los 16 años. Sintió que su cuerpo, hasta unos instantes antes un manojito de músculos en tensión y de vísceras en movimiento, desaparecía de su persona. Había dejado de ser un compuesto de cuerpo y alma para devenir en una mente capaz de sobrevolar sobre su propia vida pasada, la presente y también la futura. Por un momento sintió vértigo.

Las notas, los acentos, las entonaciones, los saltos de acordes, eran como claves que le posibilitaban una extraña sensación: en su mente, ahora todopoderosa, se vio a la vez niño y adulto, blanco y negro... a medida que perdía consciencia física las sensaciones eran, paradójicamente, más fuertes. Con cada nota que *Bird* acentuaba y desplazaba fuera del *tempo*, su visión daba un salto en la percepción: *Kansas*Rosas*Amor*Mississippi*Lester*Arboles*Jay*Pree*Mamá*Besos*Doris*Olvido*Richie*Odio*Caballo*Muerte*Diz Bop*Luz...*

El acorde que acababa de colocar *Diz* era señal inequívoca de que aquello tocaba a su fin. *Bird* sintió dolor al recuperar la consciencia física de sí mismo. Un, dos, tres, cuatro. ¡Ra-Pataplám!, Max entró a ocupar su espacio. La caja clara resonó como una llamada de atención, la continuación fue lo que hacía años esperaba escuchar, su propio discurso traducido al lenguaje percusivo. Vuelta al tema. Fin.

Una gota de sudor le caía de la patilla hasta el cuello, perdiéndose finalmente entre la camisa. Se pasó la mano por la boca y vio, por entre la tapa del piano, a *Dizzy*, que todavía tenía la mano izquierda en el teclado y la derecha empujando la trompeta.

Se miraron a los ojos y sonrieron. Al instante la sonrisa se transformó en carcajada. Todo estaba dicho. ■

